

*MADAME ROLAND*

---

CONFERENCIA

*Pronunciada en el Liceo de Guanabacoa (Isla de Cuba)*

*el 10 de Mayo de 1879*

---

Si se me preguntara cuál es la mujer más notable entre las mujeres célebres de la historia, entre las que llenan aún hoy para nuestros oídos un espacio del mundo, ó un período del tiempo, con su nombre y con su fama, respondería sin vacilar: MADAME ROLAND.

Y voy á empezar diciéndoos cómo y cuándo nació en mi espíritu, hace ya algunos años, el deseo de estudiar de cerca la vida y los escritos de Madame Roland. Un profundo conocedor del corazón humano en general, y del alma femenina en particular, autor de un libro curiosísimo sobre el Amor, el novelista francés Stendhal, recorriendo en sus interesantes Notas de Viaje senderos y caminos por las orillas de un río de Francia, se detiene en alguna parte de las cercanías de

Lyon y consagra un expresivo recuerdo á la ilustre heroína, diciendo estas palabras, ú otras parecidas: «Por aquí poseyó una pequeña propiedad la mujer que en todo el mundo me inspira más respeto.» Llamóme mucho la atención que el más burlon de los escépticos se prestase tan de buena gana á inclinar la cabeza ante la memoria de la esposa seria y grave, de la parisiense oscura que se llamó primero Juana Maria Phlipon, y despues immortalizó el nombre de Roland que recibió de su marido.

Conocia yo de antemano la figura revolucionaria que fué el alma del célebre partido de la Gironda, del grupo admirable de hombres de ardiente corazón y elocuente palabra, que ha hecho derramar tantas lágrimas, y ganado tantas simpatías á la Revolución francesa del siglo último; conocia el gran papel de Madame Roland en sucesos decisivos de la historia, en los trágicos episodios de aquel terrible año de 1793; habia leído y saboreado sus Memorias, la historia deliciosa de su vida tal como ella misma la escribió; conocia en fin su muerte, su manera grandiosa de ascender al patíbulo y de morir, única en los fastos del martirio; y la aplaudía, y la apreciaba tal como merecía, pero sin calor, sin entusiasmo, porque la hallaba demasiado buena, demasiado completa, demasiado heroica, en una palabra. No descubria una sola debilidad, un solo rasgo verdaderamente tierno, verdaderamente

femenino en su vida y en su carácter, y retiraba frío é indiferente los ojos despues de contemplar las proporciones de la hermosa estatua, de mármol purísimo, intachable, pero inanimada, sin palpar del corazón, sin la chispa divina del sentimiento.

Y á menudo me decia—permitidme insistir—tanto talento, tanta gracia, tanta pasión como revelan sus escritos, como indican varios de los actos de su vida, y sin embargo, en conjunto, virtudes comunes á los hombres y nada más? Ni un solo rasgo de mujer! Murió á los treinta y nueve años y nunca amó: tal podía ser el epitafio final de su existencia. Se unió en matrimonio, á los veinte y cinco años, á un hombre mucho mayor que ella, que podía ser su padre, de carácter seco, austero, excesivamente orgulloso, á quien respetó, de quien fué constante, verdadera amiga y compañera leal, pero á quien en diversas ocasiones confiesa que ni amó ni pudo haber amado. El enigma me dejaba perplejo. Misterio indescifrable! ¿Y qué,—siempre me decia—por ventura el psicólogo del Amor, el delicado analizador de la pasión, el perspicaz Stendhal, no supo otra cosa de Madame Roland, nada más adivinó, y formuló elogio vulgar al decir que respetaba á esa mujer como á ninguna otra en el mundo? No, no puede ser.

Y no podía ser. La falta no era de Stendhal, ni mia, ni de ella tampoco. La Madame Roland que

hasta entónces se conocia no era la verdadera Madame Roland ; los rasgos de una nueva y seductora figura aparecieron por primera vez, hace pocos años, y surgió otra heroína que no conocieron los historiadores de la Revolucion francesa, que no llegó á entrever la intuición de poeta de Lamartine, que de cierto ni Thiers, ni Luis Blanc, ni el mismo Michelet, siquiera sospecharon.

Descubrióse por casualidad, en la tienda miserable de un barrio apartado de Paris, una miniatura enroscada, objeto inútil y perdido entre las legumbres de un frutero. Era simplemente un retrato de hombre. Detrás del pequeño lienzo se encontró un papel que contenia una breve historia y un elogio del que estaba allí retratado, escrito con la letra firme y conocida de Madame Roland. De ese modo se supo que el hombre era el Girondino Buzot, conocido entre todos sus compañeros por la energía de su palabra, la gravedad melancólica de su carácter y la rectitud inflexible de su conducta política. Ese retrato era, pues, el que ella guardó constantemente en el seno durante su prision, el que probablemente estrechaba con mano convulsiva al subir con semblante sereno la escalera del cadalso ; que el verdugo, dueño de los despojos de sus víctimas, arrancó ímpiamente despues del tronco exangüe, guardando acaso el marco valioso, y arrojando con desden la pintura y el manuscrito, ámbos de tanto precio hoy para la posteridad.

Pocos meses despues se descubrieron, tambien por accidente, cuatro cartas inéditas y admirables de Madame Roland á Buzot. Y en seguida, para completarlo todo, y acabar de crear la nueva Madame Roland para nosotros, apareció el manuscrito original de las Memorias, que habia sido expurgado y mutilado por manos miedosas. Todos esos novísimos documentos concurrían declarando, en acuerdo cabal, que Madame Roland agregaba una virtud más á sus grandes cualidades, la virtud sublime de haber sentido una pasión avasalladora por un hombre digno de ella, de haber luchado como un atleta (ella misma lo dice) por conservar la immaculada pureza de su vida ; y un rayo de luz, de fulgente poesía ilumina ahora el surco profundo, la estela de su paso por el océano de la política, el torbellino espumante del naufragio en que pereció con su amor y con sus esperanzas.

Perfeccionado de esta manera el conocimiento del personaje histórico, puedo agregar que pocos serán los que despierten igual interes y reclamen con mejores títulos la atención de la posteridad. Pocos tambien pueden ya ser estudiados y escudriñados más de cerca. Escribió encerrada en un calabozo, en vísperas siempre de oír pronunciada la sentencia de un tribunal inicuo que aplicaba una sola pena, la última pena, á todos los acusados, la confesion, el relato de su existencia en unas Memorias encantadoras, en virtud de

las cuales no son las *Confesiones* famosas de Juan Jacobo Rousseau, un fenómeno aislado, un libro único en las literaturas modernas: le son inferiores solamente en el estilo, que si bien lleno de vida, de gracia y de viveza, no llega á la excelencia soberana de su modelo. Apénas encarcelada, demasiado convencida del fatal desenlace que terminaria su encierro, tuvo la fuerza de alma extraordinaria de evocar allí todos los recuerdos de su niñez, todas las emociones de su juventud, y trazarlas con frescura incomparable. Ha dicho un moralista célebre que dos cosas no pueden mirarse fijamente, el sol y la muerte. Madame Roland, desmintiendo ese magnífico aforismo, contempló la muerte con fijeza durante meses sin sentir el menor estremecimiento. Hizo su confesion general, tan sincera como la de Rousseau, y como ésta sin reticencia ni escrúpulos mezquinos; que no es por supuesto la confesion humilde de una penitente arrepentida, en que no habla por de contado como las que se postran de hinojos implorando vana misericordia ante los altares; sino que tranquila, con la frente levantada, serena y altiva la mirada, apela del fallo de sus extraviados contemporáneos y pide justicia á la imparcialidad de las generaciones venideras.

No intentaré yo relataros aquí los primeros treinta años de su vida, tarea que ella desempeñó admirablemente, y que respeto demasiado para esforzarme ahora

en decir mal lo que está ya dicho y muy bien dicho. Cuando se cambió la escena, cuando el aliento abrasado de la Revolucion corrió por la Francia é hizo palpitár, más enérgica y violentamente que el de ninguno, el corazon de Madame Roland, estaba de un todo preparada para el nuevo papel que los destinos le señalaban. Son muy pocos, muy contados los personajes célebres que así se presentan ante la historia, bajo dos diversas fases, y en ámbas perfectamente completas. No hubiera sido Madame Roland esposa y confidente de un ministro de la Revolucion, no hubiera inflamado con el vigor de su pluma y la fuerza de su espíritu un gran partido, no hubiera obtenido la muerte gloriosa de los mártires, y todavía hubiese sido una mujer notable. Su vida de jóven, su matrimonio, sus cartas privadas en esos dos períodos, su ejemplo, sus memorias, su carácter, la asimilacion prodigiosa de las ideas y el espíritu de Juan Jacobo Rousseau, bastarian para inmortalizarla.

La Revolucion, vuelvo á decir, la halló preparada; entró en la escena como esos actores de primer orden que, ántes de hablar, ántes de hacer un gesto, con sólo su aspecto y su mirada, revelan instantáneamente sus grandes facultades. Léjos de Paris se hallaba cuando ocurrieron los primeros sucesos; mas allí mismo, en Lyon, derramó una vez su exuberante patriotismo describiendo una fiesta cívica á que concurrieron millares

de delegados de otras partes, en un papel que se imprimió profusamente, que leyeron arrebatados esos provinciales, y se aprendieron de memoria para recitarlos de vuelta en sus hogares, que así se vieron un momento iluminados por la inspiración, por las chispas del alma de esa mujer.

Al entrar en París volvía á su ciudad natal, donde había nacido y crecido, donde brotaron sus primeras ilusiones, y donde los primeros dolores cruelmente la lastimaron. Allí se había visto desvalida y sola, después de la muerte de su madre, al lado de un padre disipado y vulgar, sufriendo pruebas domésticas, de esas que se esconden á los ojos del mundo y punzan por lo mismo con doble intensidad, y de que se libró buscando refugio en un matrimonio sin amor. Allí había sido testigo indignado de las mil injusticias de un régimen irrevocablemente condenado á perecer bajo el peso de sus mismas iniquidades, y en la oscura medianía de su vida en una familia de artesanos, había concebido aversión profunda contra la sociedad antigua, y alimentado su pasión por la igualdad y la justicia. Porque es la verdad que á Madame Roland y á otros seres como ella, debemos esta conquista preciosa, que es una de las grandes glorias de nuestra época, su mejor timbre quizás en el catálogo de los siglos. De las tres grandes palabras que inscribió la Revolución como empresa de su escudo, de esos tres

vocablos resonantes: *Igualdad, Libertad, Fraternidad*, que simbolizan tanta lucha humana, tanto grito de triunfo y tanto gemido desesperado,—la Igualdad es la única de que puede hoy el mundo, una parte del mundo por lo ménos, declararse en entera posesión. La Libertad es infinita; por ella se combate y siempre se combatirá. La Fraternidad parece aún un sueño de entusiasta, casi un delirio de exaltado. La Igualdad, atmósfera indispensable de todas nuestras ambiciones, sin la cual no se comprende que valga esta vida la pena de vivirse, es el gran resultado del terremoto francés del siglo último. Madame Roland y sus contemporáneos trabajaron con ardor inextinguible por obtenerla; no cesaron ante obstáculos de ningún linaje, hicieron rodar en el patíbulo la cabeza de un rey, pelearon sin descanso y coronaron el esfuerzo supremo dando en holocausto sus vidas y toda la sangre de sus venas.

Contaba ya más de 35 años al volver á París, pero no parecía tener esa edad; ella dice, en la famosa descripción que de sí misma inserta en las Memorias, que los tesoros que debía á la naturaleza le permitían ocultar, sin apelar á artificio alguno, cinco ó seis de sus años. Era todavía, en el crepúsculo final de su juventud, una mujer verdaderamente seductora. Tenía una magnífica cabellera oscura, una fisonomía llena de expresión, un cuerpo esbelto, los contornos volup-

tuosos de la verdadera hermosura, y la gracia con abundancia derramada en sus gestos, en su andar, en todos sus movimientos. Cuando hablaba, esos dones parecían crecer y multiplicarse por el encanto de la voz y el acento de su palabra. Citada una vez á la barra de la Convencion, obtuvo señalado triunfo subyugando á todos por la sencilla energía de sus contestaciones.

Los asuntos públicos la interesaban entónces vivamente, y era ya, desde los primeros días de la Revolución, del corto número de personas capaces de seguir la lógica de los sucesos hasta el destronamiento del Rey y la proclamacion de la República. Anudó pronto relaciones con aquellos diputados de la Asamblea Constituyente que profesaban opiniones parecidas. Entre éstos se hallaba Buzot, representante de la Normandía, seis años más jóven que ella, casado, y como ella unido por lazos de costumbre y consideracion, más bien que de amor y comunidad de sentimientos, á la compañera de su vida. La suerte parecia haber dispuesto esos dos séres de antemano para que se amaran si se encontraban. Se encontraron y se amaron. Buzot era un hombre de inflamable corazon, de principios rígidos y firmes, de carácter grave y hasta triste; su figura y sus maneras llenas de distincion y de nobleza, dulce y sensible en el trato íntimo, valiente, agresivo y tenaz en la vida pública. Madame

Roland sintió en el acto la superioridad de un carácter que tantos puntos de contacto mostraba con el suyo. Estaba además en un momento crítico de su existencia, al declinar de su juventud, y su alma impetuosa y ansiosa de combates buscaba, inconscientemente, una pasion que sustituyera el vacío de tantos años inútilmente gastados y perdidos, y los ocupara trayéndole el gozo de luchar y vencer por la honestidad y la virtud. Ambos tenian hasta en eso almas de atletas, respetaban sus deberes, y determinados á cumplirlos querian una batalla más, aunque costase la victoria dolores inauditos.

Cuando Buzot fué reelegido para la Convencion, Madame Roland estaba engolfada hacia tiempo en la política; auxiliaba eficazmente con sus consejos y con su pluma á su marido, ministro por segunda vez; reunia en su salon á los miembros principales del partido de la Gironda, y allí á menudo se prepararon y acordaron discusiones y decretos decisivos de la Convencion. Buzot llevaba á la Asamblea las ideas y hasta las pasiones de Madame Roland, que presentaba con el calor y la energía del que halla su patriotismo de acuerdo con los impulsos secretos de su corazon.

Trabóse, como es sabido, el más formidable antagonismo entre los Girondinos y el famoso Danton, que casi fué un momento un duelo entre éste y Madame Roland. La influencia de la mujer fué quizás terrible